

arribada fué Atenas. Allí encontré la primera mujer que me impresionó. Era hermosa, la más hermosa de cuantas he visto en el mundo. El arco de sus cejas, el brillo de sus grandes ojos, la nariz arrancando recta de su frente, la boca pequeña de labios finos y sonrosados, las dos hileras de su destadura, iguales y blancas, el cuello largo y ebúrneo, las formas redondas y esbeltas, alta de estatura y el continente majestuoso y reposado, me hacían compararla a las estatuas que en aquellos templos gentiles esculpió el cincel de mis inmortales artistas.

Arrebatado por la ola del vértigo, la seguí anhelante. Ella correspondió a mis miradas y me amó; pero en aquél amor encontraba yo algo que repugnaba la delicadeza de mis sentimientos, y era la llama de sus ojos, la voluptuosidad de su sonrisa y la ardiente violencia de sus palabras. Salí de Atenas, y atravesando continentes y surcando mares sin itinerario ni rumbo fijo, pasé como un relámpago por la alegre Francia, y cuando la vieja Turquía, enervada por su sensualismo perpetuo. Después Italia se presentó ante mí, radiante de flores y de luz. En su agregia metrópoli, cuna de los césares, recibí la segunda impresión.

Aquella romana no era tan hermosa como la compatriota de Temistocles, pero me cautivó por el opulento fausto de sus trenes, por la magnificencia de su alcázar sumptuoso alfombrado de pieles de león, por el lujo oriental de sus joyas. Yo no había visto cosa igual en la vida, y quedé deslumbrado ante aquellos esplendores capaces de eclipsar las regias grandezas de todos los nababes. A la primera insinuación, ella correspondió a mis miradas y, como la otro, me amó también. Me recibió en sus salones y fuí su confidente más asiduo. Pero, como en el otro, encontraba en este amor algo que no me satisfacía, y era el afán inaudito de ella por presentarme a sus conocimientos, repitiendo mi nombre y ensalzando mi talento de artista, su indomable altivez y el olímpico orgullo con que divulgaba por todas partes los lazos que nos estrechaban. Abandoné Roma, partiendo con dirección a España, el espléndido país del heroísmo, las rosas y las mujeres bellas. En él recibí la tercera y última impresión.

Era una aldeana tan humilde como sencilla, tan joven como hermosa. Alta, esbelta, pálida, el negro cabello partido en dos mitades y recogido en lo alto de la cabeza, los ojos obsuros de mirada pura y tranquila, correctas las facciones, sonrisa grande impregnada de bondad, el jubón cerrado en el mismo nacimiento del cuello, y en su rostro una luz adorable, como si el rayo de un alma serena la iluminase constantemente. Su palabra era casta y pudorosa como el beso de un niño. Su corazón hermoso y



— ¡Ay, caballero! Yo nunca he conocido a mis padres!

— ¡Dios mío! Ni yo a mis hijos!

HOMBRE GUAPO

La sección X del Departamento de... allá por el año de mil ochocientos setenta y tantos, "estaba relajada", al decir del vecindario honesto. Y en verdad: el "relajo" había llegado a grado tal, que la policía, desde el comisario hasta el último guardia civil eran los primeros en no querer reconocer el sagrado derecho de la propiedad de los demás.

Como es lógico suponerlo, llegó la noticia a conocimiento del dictador Latorre; y éste, ni corto ni perezoso, ordenó que todos los componentes de la policía del incipiente pueblito fueran remitidos a la Capital para ser sometidos a la dura disciplina del Taller de Adoqueines.

Cumplida la orden, el Jefe P. y de Policía, juzgó oportunamente enviar al lugar en carácter de comisario, a un hombre de valor bien probado y que, por añadidura no conociera a nadie en la Sección en donde iba a actuar, en la cual, dicho sea entre paréntesis, abundaban los cuatreros de todo calibre.

— Usted, — le dijo al Jefe — debe conseguir allí mismo, un hombre para el puesto de sargento, quien deberá ser persona honesta y guapa. Hay que limpiar la sección de sabandijas, sin ninguna clase de contemplaciones para nadie.

Y allá marchó el hombre, dispuesto a hacer policía.

La primer medida que adoptó, fué publicar un bando, diciendo que precisaba para el cargo ya referido, un hombre sin tacha y sin miedo.

Después de haber sido rechazados varios aspirantes, cuyas estampas no satisfacieron al ojo psicológico del nuevo comisario, se presentó a la oficina un hombre bien plantado, quien, por su desenvoltura, hacia presumir que no era de los que

retrocedía ante ningún peligro.

Desde la puerta, en donde se detuvo, sombrero en mano, saludó, a la usanza campera.

— ¡Ave María, señor Comisario!

— Adelante.

— Guenos días.

— ¿Qué se le ofrece?

— Yo venía por el aviso de que precisaba un hombre...

— ¿Y usted es ese hombre?

— Creo...

— ¿Es guapo?

— Hasta aura, no he sabido regular...

— ¿Es honrado?

— Presumo... De mi conducta, le podrán anoticiar los vecinos tales y tales.

— ¿Y su guapeza la da a prueba?

— Es claro...

El comisario, excelente tirador, no esperó más; y sacando repentinamente su pistola "Laffouchet" de dos tiros, descargó sobre el atónito pretendiente, las dos balas, con las cuales le perforó el saco y el sombrero.

Asombrado el comisario por tanto aplomo del futuro sargento, que ni pestaneó siquiera ante el tiroteo, le dijo:

— Bueno, amigo, usted es el hombre que necesito para sargento. Acepte ahora este cón-dor (moneda chilena de oro), en circulación de \$ 8.82.

— ¿Y esto pa qué, señor comisario?

— ¡Pues hombre! Para que se compre otro saco y otro sombrero, que los tuyos se los ha estropeado...

— ¿Y pa los pantalones?

— ¡Yo no le he hecho nada a sus pantalones!...

— ¡Vaya comisario!... ¡Pero es el caso que yo sí, me he hecho!

Rómulo F. ROSSI
Montevideo.

profundo. Dios, sin duda, ha hecho el alma de aquella mujer con efluvios de algún astro sagrado. La vi, y como las otras me amó también... ¡Ah! ¡No lo olvidaré nunca!... Caí enfermo, estuve a las puertas del sepulcro, y cuando en mis noches pobladas de visiones horribles entreabrié los ojos, la veía siempre a mi cabecera, con los ojos llenos de lágrimas, rezando por mí, las manos en cruz y la cara de Dolorosa... ¡Oh hada, sublime protectora mía! Tus órdenes se han cumplido. ¡Dime si el alma de algunas de estas mujeres es la que ha de ser la compañera de mi alma!

Calló Mairae. La ninfa contempló en silencio con una mirada llena de dulzura. Después exclamó:

— Desde la noche de tu partida, mi espíritu ha seguido tus pasos.

He visto tu impresión ante la hermosura de la griega. Aquella no te quería más que con los sentidos; por eso había algo que te repugnaba en la lumbre de sus ojos, en la voluptuosidad de su sonrisa y en la ardiente violencia de sus frases...

Te he visto conmoverme ante la opulencia de la soberbia hija de Roma, cuyos aureos esplendores te deslumbraban. En ella no existía sino la satisfacción del amor propio, la fatilidad de la mujer trivial que codicia por orgullo el nombre de un artista universalmente conocido.

Y he visto la convulsión de tu espíritu ante la otra, la sencilla, la modesta, la buena. ¡Esa es la que te quiere con el alma! ¡Esa tiene el alma compañera de la tuya! Ve a buscarla, que ella te espera y con ella serás feliz!, con ella! ¡Con esa!, con la que veías en tus noches de fiebre a la cabecera de tu lecho, los ojos llenos de lágrimas, rezando por tí, las manos en cruz y la cara de Dolorosa...

UN PERRO POLIGLOTA

El maravilloso perro "Bouldewall", de propiedad de Mr. Tompkins, de Nueva York, que dentro de poco iniciará un viaje de exhibiciones alrededor del mundo, posee, entre varias otras habilidades, la de saber hablar.

El perro tiene un vocabulario que comprende unas trescientas palabras de inglés, francés, italiano y alemán.

Para un perro es un tesoro apreciable, sobre todo si, como afirman los periódicos neoyorquinos, las pronuncia con la mayor claridad.

El repertorio de "Bouldewall" solamente comprenden palabras monosílabas y algunas bisílabas; y todos los esfuerzos de su dueño de hacerla aprender palabras más largas han fracasado.

En cambio, es sorprendente la concordancia existente entre las palabras que pronuncia el perro y las preguntas que se le dirigen.